

ciencia-ficción política

POSIBLEMENTE, «¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú?» sea la película más polémica del año. A dos días de su estreno —en el momento de escribir este comentario— ya he tenido ocasión de recoger comentarios para todos los gustos: desde los que la conceptúan como obra maestra hasta los que la consideran como una trivialización de un asunto de primera importancia. En cualquier caso, el film de Kubrick está en el centro de las discusiones. Y la razón es obvia: el tema que trata nos concierne a todos, puesto que se refiere al pánico general ante una guerra nuclear, que forzosamente sería la hora final.

Un avión de las fuerzas aéreas estadounidenses vuela inexorablemente hacia su destino: Moscú. Ha recibido una orden ultrasecreta: bombardear determinado punto estratégico de la Unión Soviética. La dotación del bombardero ha perdido contacto con tierra. Y en Washington crece la inquietud. El presidente de los Estados Unidos ignoraba que se hubiese puesto en marcha esta operación destructora. La decisión corresponde al general Jack D. Ripper —la traducción de cuyo nombre, si atendemos a la equivalencia fonética del D. con el artículo inglés *The*, significa Jack el Destripador—, furibundo anticomunista que fue impulsado a tomar esta medida para salvaguardar Occidente. El presidente Muffley —es decir, el presidente Amordazado— no tiene otra solución que comunicarse por el teléfono rojo con su colega de la Unión Soviética y proponerle que bombardee los aviones americanos que se dirigen a su objetivo. Pero uno de ellos escapa al radar soviético y prosigue su implacable ruta. Entonces, el presidente de la URSS advierte que cuando el avión lance su bomba atómica se pondrá automáticamente en funcionamiento el llamado «artefacto final», que destruirá totalmente todo rastro de vida animal o vegetal. Nadie puede hacer nada, ya que los dispositivos de ambos países, una vez puestos en marcha, tienen autonomía mecánica, incontrolable por la mano del hombre...

La historia que nos cuenta Kubrick podría suceder ahora mismo. Esto es lo que le confiere su particular vigencia. No se trata simplemente de una farsa imaginativa, sino de un relato de ciencia-ficción, entendiendo el género en su más noble acepción, de anticipador o sugeridor de lo que puede llegar a ser nuestro actual y atribulado mundo.

Stanley Kubrick, a sus treinta y ocho años, ha realizado siete films, de los cuales sólo se han estrenado en España tres: «Atraco perfecto» (1956), «Espartaco» (1960) y «¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú» (1963), versión del larguísimo y sarcástico título original «Doctor Strangelove, or how I learned to stop worrying and love the Bomb», (Doctor Estrafuamora, o cómo aprendí a dejar de preocuparme y a amar a la bomba.) Las intenciones Kubrick en su último film están claras a condición de que no se vaya a verle de mala fe, interpretando como simple y aséptica farsa burlesca lo que es uno de los más lúcidos alegatos contra la guerra nuclear. La trayectoria de Stanley Kubrick, desde su primero a su último film, ha sido progresiva, cargando el acento sobre aspectos críticos y testimoniales.

«¿Teléfono rojo...?» es una llamada de atención hacia el pavoroso poder de destrucción de las armas nucleares. Pero no se trata de una débil llamada pacifista, sino de un enérgico debate en el que se pone en cuestión toda una mitología americana alimentada por el espíritu de vivir en el mejor de los mundos. Asombra descubrir la prepotencia de los generales del Pentágono sobre cualquier consideración política: la guerra por la guerra es su lema. La supervivencia de la ideología nazi en determinados estamentos públicos es otro de los temas abordados por Kubrick con magistral lucidez.

Se ha reprochado al film su forma humorística para narrar una historia de tal trascendencia. Pienso, sin embargo, que ése era el estilo que convenía para acentuar —paradójicamente— el carácter trágico de la situación. Una constante a lo largo de la obra de Kubrick es su sentido de la violencia. En el caso de «¿Teléfono rojo?», esa violencia se expresa por medio del sarcasmo. Las imágenes del film respiran una exasperación continua, producida por la tensión argumental, el tono seco y descarnado de la fotografía, el montaje cortado y la ceñida interpretación. Kubrick ha elegido un espléndido reparto. Peter Sellers incorpora tres personajes: el capitán Lionel Mandrake —Mandrake es uno de los héroes más populares de los «comics» americanos—, el presidente Muffley y el siniestro doctor Strangelove. Sterling Hayden es el fanático general Jack D. Ripper. George C. Scott es el general encargado de comunicar al presidente que nada puede hacer contra la todopoderosa máquina del Pentágono. Keenan Wynn es el tozudo coronel que teme tanto las consecuencias de la guerra nuclear como las represalias de la casa Coca-Cola. Y Slim Pickens es el piloto del bombardero americano que, como buen tejano, cabalgará arduamente sobre la bomba destructora en el momento de caer sobre su objetivo...

La última película de Kubrick ha de ser completada por el propio público. La proyección termina, pero en la calle nos encontramos con que los problemas suscitados en esa historia de ciencia-ficción siguen planteados. Y volar hacia Moscú no parece ser la solución.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS

en el principal, con ethel rojo

ANTES de comentar el estreno en el *Maria Guerrero* de la última obra de Antonio Gala, de la que quiero hablar extensamente la próxima semana, considero necesario volver a situar el tema de mi columna fuera de Madrid. Hay un modo institucionalmente centralista de hablar de la descentralización —interesarse por la "provincia" desde Madrid y no a partir de las necesidades y situación de la provincia— del que quisiera estar a salvo. No veo otro camino práctico, para los que vivimos en Madrid, que abordar estos temas cuando realmente salimos de la capital y nos mezclamos por unos días a problemas y situaciones concretas de otros ámbitos.

Vayamos ya con *Ethel Rojo* y el teatro Principal de Valencia. Estaba yo en la ciudad cuando frente al gran teatro provincial se levantó una silueta monumental de la vedette. Era el reclamo publicitario del espectáculo. Un espectáculo metido en lo que hoy es —por sus condiciones técnicas y por su carácter de teatro propiedad de una corporación oficial— la "única" posibilidad interesante de que dispone, teatralmente hablando, la inmensa y creciente ciudad. Recordé la carta, firmada por varias decenas de universitarios, en la que, a comienzos de temporada, se formulaba una protesta por el anunciado cierre temporal del teatro valenciano. ¿Hasta qué punto la presencia de la revista musical en cartel no era tanto como seguir con el teatro cerrado, dado que los universitarios lo que reclamaban era una escena abierta a un teatro muy distinto...?

Luego, hablando con unos cuantos espectadores "cualificados", con muchachos que viven en Valencia el largo proceso de depauperización teatral, les oí elogiar el espectáculo de *Ethel Rojo*. Su esquema venía a ser más o menos éste: "Con *Ethel Rojo* uno sabe a qué atenerse. Si, además, como resulta en este caso, se trata de un espectáculo musical montado con decoro y calidad, mejor que mejor. Otras veces, en cambio, hemos sufrido malas y mediocres comedias, ofrecidas a la ciudad como un esfuerzo cultural... Esta idea de que el teatro dramático es en sí mismo, y con independencia de su calidad, una cosa respetable, es un error. Frente al público y a las autoridades subvencionadoras, esa creencia no hace sino provocar equívocos de los que se benefician gentes sin ningún interés. Mejor y más claro es que venga *Ethel Rojo*".

Creo que tenían razón.

Lo que pasa es que esta razón se apoya en la situación de algún otro. Concretamente: en el desierto de los gestores y directores del teatro Principal de Valencia en la última etapa. O sea, a partir del momento en que dejó de regir la programación Armando Moreno, cuyo repertorio respondía, en última instancia, y con independencia de la crítica que cabía hacerle, a los mejores niveles del teatro no oficial madrileño. El criterio posterior, más atento a lo crematístico, ha sido, sin duda, otro.

Y aquí vienen perfectamente al caso muchas de las cosas que se dijeron en las últimas Conversaciones Nacionales sobre teatro desarrolladas en Córdoba, de las que son síntesis los siguientes puntos de sus Conclusiones:

— Contradicción de que el teatro, una actividad de orden cultural, dependa de la economía privada, lo que da una base mercantil a la actividad teatral.

— Abusiva concentración de la vida escénica en la capital del país, tanto en lo que atañe a los teatros particulares como a los subvencionados.

— Necesidad de una descentralización de la vida escénica española y del desarrollo de una actividad teatral autónoma en el marco de las provincias.

Es una de las jornadas de las Conversaciones, Alfredo Marquerite habló de la inmediata reforma de las leyes que regulan la protección al teatro, señalando, entre las innovaciones, la exigencia a las corporaciones provinciales y municipales de hacer teatro, durante tres meses al año, en los locales destinados a tal fin. La norma tiende a rescatar a estos teatros de la ocupación cinematográfica. Al menos, parcialmente. Ahora bien, el caso del Principal de Valencia es una anticipada lección que sería absurdo soslayar en esa nueva ley: ¿de qué teatro se habla?, ¿qué teatro es el que va a protegerse? Porque si, en tantas ciudades, el teatro ha muerto ha sido porque merecía morir, porque lo que se ponía en escena carecía de los elementos que hubiesen posibilitado su supervivencia. ¿Se trata de resucitar un cadáver? ¿Se trata de "sentirnos cultos" porque tenemos muchos teatros abiertos? ¿Qué vacío no se esconde tantas veces en varios meses de teatro?

Hay, además, un punto en las Conversaciones que me parece vital: la necesidad "de una actividad teatral autónoma en el marco de las provincias". Cada teatro Principal debe ser la base de un cuadro de actividades. Lo otro es seguir descentralizando "desde" Madrid. Es una nueva forma de ese paternalismo cultural contra el que quiere luchar.

Mejor, pues, como decían mis amigos, *Ethel Rojo* y su buena revista que una mediocre comedia. Sólo que en esta opción de re-valoridades, el verdadero problema, la legítima necesidad, se deja a un lado...

J. M.